

de Pizarro a Fujimori

Ernesto Yepes

Hace algunos años —1988 probablemente— el CEPEI convocó a una reunión de trabajo en torno a un tema que con el tiempo se ha tornado cada vez más recurrente; el de la crisis. Asistían representantes de varios centros de investigación de la capital (puedo recordar entre otros a Alejandro Deustua por CEPEI; Alejandro Toledo por ESAN; Efraín Gonzales, IEP; etc.). La reunión tenía en realidad un tono informal y la apresuraban las circunstancias de vivir una situación acicateada por una traumática inflación, la impotencia del gobierno para afrontarla y un rumor de sables que se creía percibir en los cuarteles. Como es de suponer, durante el debate se puso mucho énfasis en la singularidad de la crisis que atravesábamos, en su magnitud incomparable respecto a cualquier otra vivida en siglo y medio de República.

En ese contexto, cuando en la reunión me llegó el turno de opinar, mis palabras tuvieron el privilegio de suscitar en los asistentes reacciones encontradas que en lo fundamental iban del estupor a la hilaridad. Creo —señalé entonces— que el Perú vive hoy uno de los mejores momentos de su historia. Y al decir esto, no pretendo soslayar el hecho inocultable de que la que vivimos es una crisis profunda. Pero esta crisis no es la primera que el Perú conoce ni tampoco será la última. Lo notable es que ella esta vez se plantee en nuevos términos, demandando nuevos tipos de exigencias y presionando por formas inéditas de solución. De aquí en adelante —enfaticaba entonces— los problemas del país deberán ser abordados y resueltos consensualmente. Un colectivo de nueva fisonomía se ha empezado a

apropiar del escenario social y exige no sólo incluirlo en el corazón mismo de nuestro discurso sino compartir con él de manera inequívoca el mapa de nuestros recursos.

Es posible que algunos de los que entonces se mostraron escépticos compartan hoy en día por lo menos parte de esos puntos de vista. No tanto porque la situación que vivíamos entonces se haya alterado dramáticamente, sino porque al tiempo que nos acostumbramos casi a vivir lo cotidiano en las fronteras de lo imprevisible, presentimos una onda sísmica intensa recorriendo nuestros estratos más profundos. Una onda sísmica que golpea sin descanso el escenario y la trama de lo individual y de lo colectivo, de lo privado y de lo público, de lo real, lo imaginario y lo posible, tornándonos cada día más ininteligibles.

La crisis actual, en ese sentido, tiene un signo distinto a las dos que afectaron más profundamente la salud de la República a lo largo de su historia. Esto es, la crisis generada primero por la Guerra del Pacífico y, más tarde, en este siglo, por la hecatombe mundial de 1929.

En el primer caso, la guerra nos mostró cruda y dolorosamente todo lo que no éramos. Dicho en otros términos, nos mostró cuán ficticios eran todavía los componentes básicos que sustentaban los cimientos del Perú independiente, lo frágil de la modernización económica, política y tecnológica europea entre nosotros. De otro lado, la crisis del 29 produjo también una conmoción en el edificio social de la época sobre todo en el ámbito del país moderno, del mundo exportador. En ese sentido, la coyuntura 1930-33 constituye una de las más complejas y reveladoras del Perú del siglo XX. Pero en ambos casos el agente catalizador fue eminentemente externo.

Distinto, en cambio, es el cuadro de la situación actual. En la coyuntura que vivimos la fuerza de los cambios proviene de un impulso generado internamente, un impulso que al desplegarse plantea nuevos límites a una sociedad que para seguir desarrollándose requiere reestructurarse, remozarse, so pena de perder su condición de tal.

De Pizarro a Fujimori

La coyuntura que vivimos constituye el prólogo, la iniciación del momento terminal de un larguísimo ciclo que empieza con la Conquista y que para buena parte de la población, sobre todo la andina, ha significado 500 años de pervivencia, de resistencia, a una

irrupción permanente en sus formas de existencia. Ello ha significado que sus modos de organizar el espacio, el tiempo, los recursos, la economía, fueron violentados por la presencia de otras formas no siempre adecuadas a su entorno natural y social.

Es decir, al conjunto de la sociedad se le impusieron patrones de vida, patrones de consumo, patrones de producción, en cierto sentido artificiales, en la medida que por lo general no tenían mucho que ver con las peculiaridades de su entorno colectivo.

Sin embargo, esta violencia se impuso a los distintos grupos del conjunto social con modalidades y énfasis diferentes. Así, a la población andina la ubicó en la periferia de la periferia. A su turno, estos sectores sociales pudieron sobrevivir en la medida que resistieron y reprocesaron las fuerzas externas que tendían a marginarlos de los recursos productivos y sociales más importantes del país.

En cambio, a quienes vivíamos a la sombra del mundo exportador —y como contrapartida de entregar al sistema internacional lo que éste requería (azúcar, lanas, cobre, caucho)— se nos consintió usufructuar parte del botín, a retener una fracción de los recursos. Eso nos permitió vivir un largo periodo en la ilusión de que la nuestra era una existencia que tenía visos de realidad, de raíz propia.

Este es el ciclo que se cierra en el Perú. Y se cierra no tanto porque la modernización se haya extendido al conjunto de la sociedad sino porque es ese otro mundo, el marginal, el que ha expropiado al mundo moderno. Este ha sido un proceso de siglos, pero es en las últimas décadas que ha conocido una dinámica acelerada que ha llevado a la andinización de los espacios privilegiados.

Esta andinización significa que como colectivo esta vez sí vamos a conocer los embates de la violencia permanente que habíamos logrado eludir extraviados en nuestro oasis ficticio. Ello tampoco significa que necesariamente —por lo menos por ahora— pasemos a compartir el tipo específico de violencia que atraviesa la sociedad andina.

De lo que se trata es de un proceso que nos remite a un nivel más profundo. Hasta el día de hoy las crisis y los periodos de bonanza del sector moderno del país dependían más del ámbito externo que de sus relaciones con el Perú profundo.

De lo que se trata es que de aquí en adelante el mundo privilegiado también pagará los costos de vivir en un país artificial. La crisis por tanto no será ya privilegio de ser permanente sólo entre los marginados sino que será un rasgo compartido por todos los sectores sociales.

Todo lo anterior significa que de una forma u otra el problema de la nación ha ido encontrando un cauce de solución insospechado. Los que definíamos como marginales han ido penetrando en todos los ámbitos de la sociedad civil imprimiendo un modo "popular", informal, de nacionalizar el país, imponiendo formas de vida, estilos de sobrevivencia, y sobre todo, planteando aspiraciones y demandas que ya nunca más podremos darnos la ilusión de ignorar.

Esta redefinición de la crisis se da simultánea con otro fenómeno, el de la reestructuración del sistema internacional. El viejo esquema de la economía exportadora que sustentó hasta aquí nuestra ilusión del país ficticio, se ha venido abajo. Los préstamos, inversiones, transferencias del polo desarrollado del sistema mundial, se han tornado más selectivos y escasos. No es que ellos hayan desaparecido o sean imposibles de conseguir. De lo que se trata es de lograrlos a partir del diseño de una estrategia creativa que nos permita una inserción de nuevo tipo capaz de alimentar eficazmente otro patrón de crecimiento interno. Como corolario de lo anterior, hablar de crisis hoy entre nosotros significa, esta vez sí, resolver los problemas del colectivo nacional. Pero resolverlos además en el contexto de un sistema internacional complejo y de nuevas exigencias.

Pero hay algo más. Hasta aquí el asedio silencioso de los marginales había logrado filtrarse a través de las fronteras materiales y sociales del mundo privilegiado sin despertar dramáticos temores. A partir de los cincuenta comenzó como una invasión física cercando las ciudades, los barrios, etc. A partir de los sesenta tomó la forma de una erosión cada vez más profunda no sólo de las fronteras espaciales, sino también y principalmente de las económicas y sociales del Perú oficial. Así, en el corazón mismo de la capital terminó imponiéndose un nuevo rostro de lo económico y lo social. Un rostro al que empezamos a habituarnos, lentamente, sin sobresaltos traumáticos, quizá confiados en que al final de cuentas teníamos de nuestro lado las viejas instituciones políticas garantes de la custodia de nuestro cada vez más vulnerado refugio.

Con las últimas elecciones esta última ilusión también llega a su fin. El último asalto, el asalto al Estado ha comenzado y ha comenzado con éxito. Los marginales han impuesto al Perú oficial candidatos que de una forma u otra se inscriben más dentro de la lógica del mundo que han ido reestructurando que dentro de los patrones tradicionales del Perú oficial.

Naturalmente esto ha ocurrido dentro de la compleja secuencia andina de expropiación de los símbolos y de redefinición de

ellos. Esto significa que en el caso del Presidente de la República no es tanto la condición de ser descendiente de orientales lo que está en juego sino que es la condición de un oriental la que de una forma u otra ha pasado a representar la nueva dimensión política de un país en dramática reelaboración. Dicho en otros términos, no es un fenómeno fortuito, casual, ni resultado de un diseño maquiavélico electoral, el que un descendiente de inmigrantes no-anglosajones haya resultado Presidente, ungido por un Perú marginal y de rostro andino. Un Perú que ubica a sus nuevos líderes si no fuera, por lo menos en las fronteras del Perú criollo, mestizo, con olor a Europa. Más cerca de ese otro país informal, provinciano, pobre, de rostro oscuro, que de una forma u otra hemos ignorado. Tomemos nota de la advertencia. Aprendamos a vivir en un Perú que no admite ciudadanos de segunda categoría. Recuperemos la capacidad de manejar nuestros recursos de una forma creativa, audaz, que sin renunciar al patrimonio extraordinario de Occidente, hunda sus raíces en los requerimientos y posibilidades de un país real, de un país que hace de su heterogeneidad profunda su caudal de riqueza más sólido. Comprendamos que tenemos el privilegio de vivir en el vértice de un nuevo capítulo de nuestra historia.